

I Capítulo 11

LA ANTROPOLOGÍA DEL REY SALOMÓN

De los 39 libros que forman el Canon del Antiguo Testamento, solo a tres se les adjudica la autoría salomónica: libro de Proverbios, Cantar de los cantares y el libro de Eclesiastés. No obstante la Biblia hebrea, en el primer libro de los Reyes (1ª Rey 4: 32-34), nos amplía la gran obra de tan extraordinario personaje: "Y compuso tres mil proverbios, y sus cantares fueron mil cinco. También disertó sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared. Asimismo disertó sobre los animales, sobre las aves, sobre los reptiles y sobre los peces. Y para oír la sabiduría de Salomón venían de todos los pueblos y de todos los reyes de la tierra, a donde había llegado la fama de su sabiduría".

Nosotros también podemos aprovecharnos de los conocimientos de uno de los hombres más sabios de la historia humana; y para ello vamos a tomar en consideración, y análisis, las enseñanzas antropológicas del libro de Eclesiastés. Este libro es uno de los más profundos y enjundiosos de toda la Revelación bíblica. *Su exégesis es dificultosa y como consecuencia su interpretación (su hermenéutica) es complicada.* Algunos eruditos niegan la autoría salomónica y aducen, para hacerlo, argumentos que al autor de este artículo no le parecen suficientemente válidos. Pero no vamos a entrar en una confrontación dialéctica-lingüística con tales autores, porque a la postre lo que nos interesa es el aporte que *Cophelet* nos da sobre *la visión antropológica que del ser humano presenta.*

Antes de entrar en el análisis de las consideraciones antropológicas de esta obra, considero necesario realizar algunas aclaraciones previas. Eclesiastés o El Predicador pertenece a los denominados libros **Poéticos o Hagiógrafos**, considerados también como libros de **La Sabiduría.**

El libro constituye una tesis doctoral: **vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad (Ecl. 1:2)**. Por afirmaciones tan radicales, Eclesiastés ha sido desechado por creyentes, agnósticos y ateos, sobre todo en los últimos dos mil años de Historia. En medios cristianos no se estudia con el debido rigor que se merece. Se piensa que es una obra con un mensaje negativo y desalentador. Es un gran desconocido entre los cristianos-evangélicos; y en su momento surgieron grandes dificultades para admitirlo como libro canónico y inspirado.

El desarrollo del libro, tiene como finalidad **la demostración de la tesis de la que se parte**. El autor emplea una *metodología, digna del rigor científico más exigente*. Está especificada al final de la obra: **“y cuanto más sabio fue el Predicador, tanto más enseñó sabiduría al pueblo; e hizo escuchar (heb-lit = pesó), e hizo escudriñar (heb-lit = examinó), y compuso(heb-lit = rectificó) muchos proverbios**.

Salomón partiendo de la experiencia vivida, a nivel empírico y científico, llegó a la siguiente conclusión: *“yo el Predicador fui rey sobre Israel en Jerusalén. Y di mi corazón a inquirir (heb-lit = investigar) y a buscar (heb-literal = explorar) con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del cielo; este penoso trabajo dio Dios a los hijos de los hombres, para que se ocupen en el. Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, **todo ello es vanidad y aflicción de espíritu**” (Ecl. 1:12-14)*. La traducción literal, destacada en negrita, reza así: *todo es variedad y correr tras el viento*. La vivenciación de esta conclusión aboca al ser humano a una crisis de vacío profundo y denso en la esfera de su intimidad. Se establecen los cimientos de la **angustia y de la frustración humana**.

*La investigación científica y teológica, en el campo de la antropología, tienen bastantes aspectos en común: uno es el problema de **la inmanencia**, que impele a los seres humanos a buscar **la felicidad y la realización** a lo largo de su devenir histórico- existencial, y el otro es de carácter metafísico y apunta a la problemática de **la trascendencia***. Se ha dicho que el único problema, verdaderamente importante, que tiene el hombre, es el problema de **la muerte**. Ésta es una realidad admitida, tanto en el campo científico como en el filosó-

fico y teológico.

En esta obra no se estudia al ser humano en cuanto a la constitución estructural o tectónica de su personalidad, sino que aquí se realiza una aproximación a su devenir existencial en cuanto es considerado como **un-ser para-la-muerte**. El Eclesiastés es un profundo tratado de contenido existencialista, en el que se considera la brevedad de la vida y el hecho insoslayable de la muerte. Así en Eclesiastés 1: 4, encontramos: *“generación va, y generación viene; mas la tierra siempre (en hebreo se emplea el término **ôlam**, que tiene el significado de **duración indefinida**) permanece”*. El hombre de la época salomónica al comprobar, cada día, su realidad tanática, y contrastarla con la aparente duración eterna de la tierra, **experimenta un sentimiento de frustración y angustia**, que le priva de vivir su vida con **una esperanza metafísica de realización salvífica**. No obstante mantiene una cierta conciencia del componente **rûatico** (espiritual) de su personalidad. Veamos tres ejemplos al respecto:

1º) en Eclesiastés 3: 18-21 encontramos una serie de aseveraciones, que son muy bien consideradas por los **teístas evolucionistas**. Aseveraciones innegables desde el punto de vista científico-biológico (consideraciones anatómicas, biológicas y fisiológicas de la mayor importancia). En los textos, aquí, citados se nos habla de la inmanencia del hombre y también de su posible trascendencia metafísica. El versículo 21 interroga: **¿Quién sabe que el espíritu (heb = Rûah) de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu (heb = Rûah) del animal desciende abajo a la tierra?** Según este texto hay inmanencia para los animales (al menos los clasificados en la escala filogenética como **animales superiores**) pero la posibilidad de la trascendencia corresponde solo a los seres humanos.

2º) En el capítulo 8: 8 de este excepcional tratado, leemos: **“No hay hombre que tenga potestad sobre el espíritu (heb = rûah) para retener el espíritu, ni potestad sobre el día de la muerte; y no valen armas en tal guerra, ni la impiedad librará al que la posee (lit = a los que le son adictos).**

En este texto queda claramente especificado la gran confrontación dialéctica entre el instinto de la vida (**eros**) y el instinto de la muerte (**tanatos I**). *Las in-*

investigaciones científicas actuales van confirmando o aseverando este singular y trascendental texto. Muchos científicos del campo de la Neurología, la Neuropsicología y de la Psiquiatría, consideraban al **espíritu** (heb- rûah, gr- pneuma) **como un epifenómeno de la materia**; por consiguiente se certificaba que una persona había fallecido cuando su aparato cardio-respiratorio dejaba de funcionar. Hoy en día los criterios para certificar la muerte de un ser humano, de una forma irreversible, están cambiando. Las experiencias empíricas y científicas con personas en estado de **muerte clínica**, han venido a corroborar las afirmaciones, no solo de la Biblia., sino de todos aquellos que creemos en **la trascendencia metafísica del espíritu humano**. Se han publicado centenares de obras sobre el fenómeno denominado **“Vida después de la Vida”**. La autoría de la primera obra que se publicó, al respecto, se le adjudica al médico americano Dr. Raymond Moody y la última, al Dr. Eben Alexander, neurocirujano, que ha publicado un libro con el título **La Prueba del Cielo**. En esta obra el doctor Alexander nos habla de sus experiencias vividas y vivenciadas en un estado de coma o muerte clínica. Las obras que tratan de las experiencias vividas en estado de **muerte clínica** no son una demostración de la existencia de Dios, sino que más bien pretenden exponer una prueba, indubitable, de **la trascendencia metafísica del espíritu**.

Para el autor del Eclesiastés lo más importante, y trascendental, para el ser humano es encontrar un medio, un conocimiento o una realidad que satisfaga sus deseos de realización inmanente y trascendente. Sobre este presupuesto, escribe esta magistral obra, donde nos va describiendo todos los esfuerzos, del hombre (sentido genérico), por alcanzar una realización plena. Este libro es, en mi criterio, el mejor tratado que jamás se halla escrito sobre **la angustia y la frustración humana**, conjuntamente con el libro de Job. Salomón realiza **una investigación en la esfera de la intimidad del hombre y descubre que este, tal y como nace, se va deviniendo a lo largo de su vida como un ser frustrado, en tanto que busca su realización, debajo de cielo, al margen de Dios. Esta obra es también el mejor tratado que conozco sobre el concepto de tiempo y de temporalidad (que constituye la**

manera de cómo el hombre vivencia su tiempo a lo largo de su devenir existencial).

El autor comienza sus investigaciones en el campo de **la salud mental**: “Y dediqué mi corazón a conocer la sabiduría, y también a entender **las locuras y los desvaríos**; conocí que aún esto era aflicción de espíritu. Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quién añade ciencia, añade dolor” (**Ecl. 1:17-18**). Fracasado en este intento para conseguir su *realización*; experimenta con el consumo de **drogas**, que al producir alteraciones bioquímicas a nivel cerebral, pudieran generarle contenidos no éticos, anímicos o espirituales que **llenasen su vacío existencial**: “Propuse en mi corazón (como centro económico del fondo de nuestro ser) agasajar mi carne con **vino**, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necesidad, hasta ver cual fuese el bien de los hijos de los hombres, en el cual se ocuparan debajo del cielo todos los días de su vida”. El hombre quiere **realizarse** en plena contradicción; no toma conciencia que para resolverla tiene que eliminar uno de los componentes antagónicos de la misma. Los **paraísos artificiales** no le proporcionan la realización inmanente y trascendente que persigue. Prueba todos los placeres, las riquezas, el poder, la religiosidad, la investigación científica, la filosofía, etc., y al final siempre aboca a la misma conclusión desesperada: **todo es vanidad y aflicción de espíritu** (Ecl. 2:17). La clave de todos estos fracasos la encontramos muy bien explicitada en el capítulo tres de este libro: versículos del 1 al 11. En 3: 1 encontramos: **“Todo tiene su tiempo (heb-eth = tiempo cronológico), y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora (heb-zemân = momento propicio)**. Estos dos conceptos del tiempo se corresponden en el griego del Nuevo Testamento con los términos *cronos* (tiempo histórico) y *kairos* (*tiempo no cronológico y que se podría traducir por el tiempo que Dios escoge para una acción o revelación determinada o por momento oportuno*).

En éste capítulo tres y en los versos 2 al 8 se nos habla de los diversos tiempos que se dan a lo largo de la existencia del antropos. Estos tiempos constituyen catorce contradicciones que informan la vida en su discurrir existencial. De todas las contradicciones mencionadas, nos interesa de una

manera preferente la primera: **tiempo de nacer y tiempo de morir**. Entre estos dos tiempos, el hombre, vivencia y deviene las demás contradicciones que en los textos vienen mencionadas. Que yo conozca solo un autor ajeno a la Escritura,, notable por su ateísmo, su inteligencia y su rechazo de la Revelación bíblica, se ocupa del tiempo, la temporalidad y la manera como el ser humano vivencia sus contradicciones a lo largo de su vida: se trata de Mao Tse-tung (**en sus Cinco Tesis Filosóficas**). Llama la atención que un personaje tan radical, en la consideración de su propia ideología comunista, acierte en el análisis, tan clarificador, de la vida humana, como el sabio teísta Salomón. Pero la realidad, que ambos autores analizan, es incontrovertible y sus análisis se diferencian en buscar **solo una realización inmanente** por parte del segundo y /o **una realización inmanente y trascendente** por parte del primero. En este capítulo tres el verso **once**, contiene la respuesta que nos explica la verdadera razón del porqué el ser humano fracasa en todos sus intentos para realizarse de forma inmanente y trascendente. El texto, dice así: *“Todo (la referencia es a Dios) lo hizo hermoso en su tiempo (eth-tiempo histórico); y ha puesto **eternidad** (heb-olâm = duración indefinida) **en el corazón de ellos**, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios (Elohim Gen. 1:1) desde el principio hasta el fin”*.

El mismo autor de Eclesiastés escribió en el libro de Proverbios: **“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de el mana la vida”**. Es evidente que el Rey Salomón, aquí, no está haciendo referencia a nuestro corazón de carne como centro de nuestra economía y vida biológica. Estoy convencido de que se refiere a esa esfera de la intimidad anímico-pneumática, de la que habló el Señor Jesucristo para enseñarnos donde se generan y tejen los impulsos que informan nuestra conducta (Mr. 7: 20-23).

A la luz de los descubrimientos científicos debidos al **Psicoanálisis**, ya expuestos en la Biblia con miles de años de anticipación, sabemos que la estructura o tectónica de la mente humana está “compuesta” (integrada) por varios estratos: superyo (conciencia ético-moral), yo (conciencia de la realidad) y id, ello o inconsciente (que corresponde a los pensamientos, sentimientos y motivaciones mas profundas de nuestro corazón). En los estratos

mas profundos del mismo existen contenidos **que tiene que ver con La Deidad, o más bien con la IMAGO DEI; es decir con la Represión de la Imagen de Dios**, como encontramos muy bien descrito por el apóstol Pablo en la carta a los Romanos: *“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad he injusticia de los hombres (Gr-antropos) que detienen (Gr = reprimen) con injusticia la verdad”*(Rom. 1:18). A esta represión de la Imagen de Dios, Viktor Frankl la denominó: **La presencia ignorada de Dios**. Esto es lo que nos viene a enseñar Ecle. 3: 11: Dios ha puesto en lo mas profundo de nuestro hombre interior **el deseo vehemente por la Eternidad o por la vivencia del Tiempo Indefinido**; pero los seres humanos no tenemos conciencia de esto, porque esa Imago Dei permanece reprimida a nivel inconsciente y así, **el hombre no alcanza a entender la obra que Dios ha hecho, desde el principio, en la esfera más profunda de nuestro ser**.

La incredulidad, en el verdadero Dios, que observamos en nuestro tiempo, tiene su génesis en esa represión de la Deidad que, todo ser, lleva dentro de si mismo.

El hombre (sentido genérico), que se esfuerza por conseguir una realización inmanente y trascendente, fracasa porque cualquier actividad que pudiera vivenciar, como realizadora y gratificante, siempre aboca a la realidad frustrante y tanática de la muerte. Morirá el sabio y el ignorante; el que vive del fruto de los “los paraísos artificiales (drogas que modifican el estado de su conciencia y su percepción de la realidad entornante) y los que no consumen sustancias estupefacientes; morirá el rico y el menesteroso; el trabajador y el indolente; el depredador del poder y el humillado, pisoteado y ofendido; morirá el hedonista y el ascético; el religioso y el ateo, etc., etc. **La muerte es una realidad insoslayable y que da al traste con cualquier intento de realización inmanente y/o trascendente, que el ser humano pretenda conseguir, deviniendo su existencia al margen de Dios**. El deseo de eternidad que subyace reprimido en el **fondo-del-ser**, no puede ser satisfecho por realidad intrapsíquica o peristática alguna en la que el hombre pueda vivir inmerso.

Hoy en día se ha avanzado mucho respecto **“al misterio de la vida ”**, pero los más sabios investigadores nos advierten que todavía estamos muy lejos

de desentrañar tal misterio. No obstante ya se habla de **Emortalidad** (la posibilidad de vivir 300, 400 o 500 años) y de conseguir la **Inmortalidad**. Hace tiempo que se decretó **la muerte de Dios y el nacimiento del Superhombre** (Friedrich Nietzsche en su obra **Así habló Zaratustra**), pero la realidad es que se sigue cumpliendo la sentencia bíblica **“que está establecido que los hombres que mueran una vez”** (Heb. 9: 27). Esta realidad tanática es inevitable. No obstante los cristianos estamos convencidos de que la muerte biológica no es el final anímico-pneumático **del ser, sino la proyección metabiológica hacia una realización inmortal, plena y dichosa, en el mismo corazón de Dios**. En la Historia de la Humanidad hay un **Hombre** que venció la muerte: **Jesús de Nazaret**. El dijo en una situación dramática y solemne: **“YO SOY LA RESURECCIÓN Y LA VIDA; EL QUE CREE EN MI, AUNQUE MUERA VIVIRÁ”** (Juan 11:25). La vida en su realidad inmanente viene de Dios y en su dimensión trascendente también. Al final del libro de Eclesiastés nos encontramos con unas recomendaciones del autor a las que debiéramos prestar atención: **“EL fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es el TODO del hombre (según J. F. Brown = El ideal pleno del hombre)”**. En síntesis esta es la concepción antropológica que Salomón tenía del ser humano, y yo me atrevo a aseverar que cuando **la Imago Dei, reprimida en la esfera de nuestra intimidad, asciende al campo de nuestra conciencia (a el nivel yoico) y la plenifique, porque la Palabra de Dios penetre, como espada de dos filos, hasta lo mas profundo de nuestro corazón, se producirá el hecho de la conversión y la posibilidad de alcanzar una realización inmanente, aquí y ahora, y otra trascendente para toda la eternidad**.